

## “SI NO OS HICIEREIS COMO NIÑOS”

*(Meditación de Adviento y Navidad)*

### *Una preparación adecuada*

En Adviento nos preparamos para recibir a un Dios-Niño. Un Dios que quiere enseñarnos a ser niños, venciendo todas las adusteces y sinsabores de la vida. Un Dios que quiere jugar con cada uno de nosotros los juegos de una infancia plena y feliz, despreocupada e imaginativa. La gracia de la Navidad es la de desarrugar los corazones demasiado pagados de su propia adultez. Si ser adulto es ser autosuficiente en todo o en algo, la niñez que nos presenta la Navidad es la de necesitar de todos y de todo. Si el adulto es aquel que es capaz de dudas y de sospechas, el niño según el Dios de la Navidad es aquel que confía y espera.

Vale la pena recibir el mensaje de la Infancia Espiritual que nos acerca el Adviento. Vale la pena volver a ser niño, o mejor, acoger al niño que cada uno llevamos dentro. Se trata de la mejor síntesis vital: ser niño sin dejar de ser adulto. A ello se refería Jesús cuando dijo: “Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”. Y la Navidad viene para ofrecernos el don de la Infancia Espiritual. Y el Adviento que la precede para advertirnos de que es algo muy gozoso lo que se nos promete de cara a Navidad. Hay que atreverse a ser niños, porque adultos ya lo somos bastante. ¿O tal vez no? ¿O tal vez no somos suficientemente adultos porque no hemos integrado suficientemente nuestra niñez en nuestra adultez?

Pero lo cierto y verdad es que si no llegamos a ser niños, ahora que ya no lo somos, tampoco llegaremos a ser adultos, ahora que creemos ya serlo. No es un juego de palabras, pero sí de intenciones. Mira, hermana, hermano, que lees esta meditación de Adviento y Navidad: si Dios se hace Niño sin dejar de ser Dios, hay que buscar a Dios hecho Niño, en los niños, en las cosas de niños, en el niño que nunca dejo de ser yo, a imagen y semejanza del Dios Niño. Todo lo “niño” tiene algo de Dios. Por tanto, Dios tiene algo de débil, de incipiente, de proceso, como la vida nueva del infante. Lo que significa que Dios en sí, y Dios en mí, es esa maravillosa -mágica, por estar referida a los niños- manera de interpretar la vida entera como crecimiento, como juego, como esperanza, como ilusión; y también -muy propio de los niños- como conciencia (difusa) de que formamos parte de un “nosotros” sin el que no seríamos un “yo”. El niño sólo lo es en el seno de una familia, de un nosotros cálido, acogedor.

En suma: cuanto más niño, más adulto. Cuanto más niño, más yo mismo. Cuanto más niño, más Dios en Dios. No es cuestión baladí esta de hacerse como niños.

Cara a la Navidad, damos unas pinceladas de la Infancia Espiritual, corazón del Cristianismo, para que podamos disfrutar mucho más jugando a las cosas importantes de la vida con el Pequeño Dios hijo de María y de José. Él quiere enseñarnos a crecer, a hacernos grandes a los ojos del Padre, en humildad, confianza y abandono.

### ***La Infancia Espiritual es un don del Espíritu Santo*** (Rm 8,5-17).

Como todo don de fe, se ofrece a todos, y hay que saberlo recibir: desearlo, pedirlo. Se opone abiertamente a la actitud arrogante y voluntarista. Sólo Dios salva. Nadie puede conseguir por sus propias fuerzas cuanto nos introduce en la Vida de Dios. La santidad no es el resultado de un esfuerzo programado y sostenido por mi propia voluntad. Y esto que resulta incuestionable para la existencia cristiana, lo es en general para la vida del humano. Ningún ser humano alcanza su propia talla intelectual, artística, social, espiritual, etc., sin la ayuda de otros seres y medios que él mismo no se ha dado.

Se opone también, al don de la Infancia Espiritual, la postura de desconfianza en Dios, en sí mismo y en los demás. Conciencia de la necesidad de los otros y del Otro. Fe en los propios recursos y dones recibidos. No es fácil separar la confianza en Dios y la confianza en los humanos. Quien confía en el primero, aprende a confiar en los hermanos, pese a las decepciones que pueda sufrir a lo largo de su camino. Pues Dios, ordinariamente, viene a nosotros a través de nuestra propia vida y de las vidas de los demás, de quienes nos rodean. Quien desconfía de sí mismo y de los otros, pierde de vista que amar, en todas sus formas y expresiones, es confiar. El niño confía en sus mayores porque percibe en sus cuidados y gestos su amor hacia él. Y la mayor tragedia de la infancia es no recibir un amor, el amor necesario de los mayores, que inculca en los pequeños la confianza instintiva, base de una vida adulta en el amor.

Desconfiar de Dios es tanto como olvidar que Él me ama. La Infancia Espiritual consiste, según san Pablo, en poseer el Espíritu de Cristo. Y este Espíritu se caracteriza por la alegría y la paz que nos da el saber que somos amados por un tan buen Padre. Y que tal Amor es lo más grande, hermoso y fuerte que hay en mi vida.

Desconfiar de sí mismo suele ser un pecado bastante frecuente. Desconfía de sí mismo todo el que se considera desposeído de fuerzas interiores para luchar contra los males reales, físicos o morales, que le acometen. El humano tiene siempre una manera de salir vencedor sobre sus propio males, que es la de saberse él mismo más grande que dichos males, y no permitirles que se adueñen de todo el espacio de su conciencia viva. El mal que me acosa, lo tengo yo, ciertamente, me afecta a mí, me hace daño; pero yo no me identifico con dicho mal. Tengo un mal, más o menos grande; pero yo no soy ese mal. Yo soy una vida, una conciencia de amor, una esperanza de futuro infinitamente más grande que el mal que me acosa y me aqueja. ¿Me dejaré vencer por él?

La desconfianza en los otros va muy ligada a la desconfianza en sí mismo. Un niño jamás desconfía de sí y de sus fuerzas, por eso es fácilmente temerario ante el peligro, y vive sus juegos de imaginación y audacia como realidades en las que él es siempre un héroe victorioso. ¡Y cuán necesario es que los niños y niñas no sean mutilados en esta capacidad soñadora y temeraria de su inexperiencia! Educar a los niños en el miedo a los peligros reales o posibles, es hacerles crecer en espíritu pusilánime. Y desde ahí, la desconfianza generalizada: ver enemigos y competidores desleales en todas partes. Pero cuanto más confía una persona, adulto o niño, en sí misma, más fácilmente se arroja en brazos de los demás, es decir, aprende a vivir y convivir con los otros, dando lo mejor de sí y recibiendo lo mejor de ellos.

## **La Infancia Espiritual tiene sus características propias (Mt 18,1-5)**

La Infancia Espiritual, hemos dicho, es un don de lo alto. Pero todo don conlleva una tarea: vivir al servicio del don recibido. ¿Cómo cultivaré adecuadamente esta gracia de ser siempre un niño en los brazos del Padre? Veamos, pues, aquello que nos permite cultivar al máximo posible las características propias de la Infancia Espiritual.

“Si no os hiciereis como niños...”. Se trata de ser como niños. El niño tiene su conciencia propia, la que le dice: “Yo tengo derecho al amor de mi Padre. Yo soy pequeño y débil, y necesito su protección” El niño tiene también su ética propia: disfrutar de los dones/riquezas del Padre. ¡Todo lo que tiene mi Padre es mío y para mí! La existencia con todas sus bondades es campo de los bienes del Padre destinados/comunicados a sus hijos.

Agradecer los bienes recibidos. ¡Crecer con ellos! ¡Disfrutar de ellos! No atesorar para el mañana, no temer que nos falte lo necesario. Vivir confiadamente y a fondo perdido el momento presente. Tener una mirada limpia, transparente, sin celos ni suspicacias, hacia los otros. No comenzar nunca por un “no” en los intercambios con los demás... Todo esto forma parte de esa manera de ser como niños, según el Evangelio, que caracteriza a los seguidores de Jesús.

¿Puede un adulto mantener en sí una conciencia infantil? ¿No significaría esto no haber madurado en la propia conciencia con el paso de los años y los procesos de la psicología evolutiva? Si la conciencia del niño viniese a suplantar la del adulto, sí; pero no es esa la intención de la Infancia Espiritual. Se trata de no renunciar a la conciencia de niño como elemento enriquecedor de la del adulto. Voy a ser más adulto, mejor adulto, un adulto más feliz y fecundo si sé integrar en todas mis actuaciones esa clarividencia de que siempre en algún aspecto y medida soy débil, necesitado de ayuda ajena, que debo aceptar o pedir según mis circunstancias personales.

Esta misma conciencia de la íntima debilidad (que no niega la responsabilidad, libertad y creatividad propias del adulto), me inclina con fuerza poderosa a saber que tengo que disfrutar de lo bueno que la vida me presenta. Disfrutar es una palabra clave tanto para el niño cuanto para el adulto. Disfrutar es la ética que se desprende de la conciencia del pequeño que se sabe necesitado. El niño disfrutando de las cosas del padre hace feliz al padre y crece con ellas. El adulto, disfrutando de las cosas buenas de la vida, adquiere la gran sabiduría de extraer de su goce fuerzas para el amor, la comunicación, el intercambio... Lo contrario sería depredación, y en ésta no hay gozo, no hay placer, no hay creatividad; solo hay esclavitud y dependencia de un egoísmo que se ha convertido en egocentrismo, es decir, en olvido de los demás. El niño jamás es depredador (y si alguna vez lo es, es porque imita a los mayores), dado que la conciencia infantil y la ética que la actualiza es disfrutar teniendo lo que necesita y mostrar su agradecimiento creciendo con ello.

## ***Nuestra conversión a la Infancia Espiritual* ( Sal 131)**

Convertirse es arrojarse como un niño en los brazos del Padre. El Padre me espera siempre con los brazos abiertos, en la experiencia contemplativa de su Amor. Solo los niños se dejan temprar por la ternura del Padre en todas las circunstancias de su vida. El niño aprende en el seno nutricional materno, de los brazos poderosos del padre, a dar y

darse generosa y gratuitamente. La gratuidad del amor cristiano tiene su origen en la experiencia de hijo nacido y criado en el seno de un Dios Madre/Padre. Y de ahí la conciencia de hijo/hermano. Hijo del único Padre que me hace hermano de todas las mujeres y de todos hombres de este mundo. En el diálogo y colaboración con todos los seres humanos, todos me dan y me piden algo de parte de Dios. Dios Padre/Madre me pide y me da algo también a través de todos los seres de la existencia terrena.

Convertido en niño en los brazos del Dios Madre/Padre, renuncio a ser adulto que defiende sus propios intereses frente o contra los intereses de otros. Por el contrario, sumo mis intereses a los de los demás (todos mis hermanos) para defenderlos en común, sabiendo que nuestro Dios los defiende al par que nosotros.

En el sentido lúdico de la vida, tan característico de la edad infantil, llegamos a hacer de toda la existencia cristiana, vivida como niños, una constante llamada a no dejarnos abrumar por las dificultades y crisis que sobrevienen a nuestra existencia terrenal, encontrando siempre, mediante la mirada confiada en el Padre, espacio y tiempo (y sobre todo, Espíritu) para el juego, el canto, la danza, la poesía, la magia... No permitir jamás que se nos imponga la amargura de las tristes realidades (que nunca faltarán, pero que tampoco serán nunca únicas), porque una fuente de buen humor brota dentro de todo corazón creyente, como don del Espíritu, como gozo de tener un buen Padre en quien confiar, descansar y abandonarse siempre. Un Padre que ve en el corazón de todo mal sufrido por sus hijos el triunfo de su Amor más fuerte que todos los males juntos. Y, desde adentro, desde el corazón confiado y abandonado en su Amor, abre los ojos de la fe para que sepamos y sintamos que no estamos solos para afrontar el mal, el sufrimiento que Él quiere ayudarnos a vencer, y de hecho, nos está ayudando a ello.

El buen humor que sabe desafiar los más graves conflictos, es también el triunfo de la mirada contemplativa, más próxima a la conciencia del niño que sabe jugar y abandonarse, que a la del adulto que hace depender su futuro de sí mismo, de sus cavilaciones y puesta en escena de su maquinaria de autodefensa y autoayuda. Sí, sí, por supuesto, debo ayudarme, pero con la conciencia de que ayudo a quien me ayuda.

Cada vez que digo de corazón, *Padre mío, me abandono a ti, haz de mí lo que quieras*, comienzo a percibir montones de realidades positivas, agradables, beneficiosas, reconfortantes y de sabor lúdico (no tomarse uno tan en serio a sí mismo), que me permiten respirar a pleno pulmón la alegría de vivir. Sí; he dicho “no tomarse tan en serio uno a sí mismo”; ¡como que siempre hay algo más importante, más digno de ser tomado en serio, que uno mismo! Todos los demás juntos, ¿no son más importantes que yo solo? El futuro de la humanidad actual, ¿no sobrepasará el interés por mi particular futuro? ¿No es el “nosotros” siempre, desde todas las perspectivas, más digno de tomarse en serio que el “yo” aislado? ¿Pero existe un solo yo aislado? Cada humano ¿no está en la humanidad, y nunca sin ella? ¿No ha de ser el Reino de Dios más grande que mi vida de individuo particular, siendo así que es el Reino de Dios el que da sentido, valor, orientación, fecundidad y alegría a mi vida concreta y real?

No neguemos el don de la Infancia Espiritual; no lo rechazemos, como haríamos en el caso de querer ser fuertes, seguros de sí mismo, poseedores de la verdad, más activos que receptivos, más *animus que ánima*. Hay un modo de ser en la vida -hacerse como niños- que sabe dar más importancia a lo que se tiene que a lo que nos falta. Que sabe no obsesionarse con lo que se ha perdido, hasta descubrir lo mucho que todavía tenemos

a nuestro alcance. Que sabe disfrutar de lo poco hasta no necesitar lo mucho. Que sabe esperar el futuro sin impaciencia, sin querer madurar o llegar a las metas demasiado de prisa. No neguemos el don de la infancia espiritual. Lo poseemos para disfrutarlo. Quien no se siente niño ante Dios y con Dios, se convierte en un adulto adusto, es decir, rígido, melancólico, intransigente. La Infancia Espiritual hace del creyente un ser confiado en manos de un destino de amor y de plenitud de vida.

### ***Conclusión***

Es cierto que el niño dice que quiere ser mayor, porque ve que los mayores tienen más libertad y posibilidades de acción y de expresión. Pero el día en que perdemos la infancia hemos perdido también el paraíso. Si como creyentes estamos convencidos de que Dios, nuestro Padre, quiere que seamos felices, y nosotros tomamos esa voluntad de Dios como la primera de nuestras obligaciones, no podremos jamás, a fin de ser humanamente felices y poder ayudar a los demás a que lo sean, que es la segunda parte del mandamiento divino, echar en olvido o saco roto la dimensión infantil que toda vida humana madura porta consigo. ¿Recordáis el dicho de Picasso: “cuando era niño quería pintar como los mayores; ahora que ya soy mayor, quiero pintar como un niño”? ¡Qué sabio era el pintor malagueño!

O sea, que la ida y vuelta entre la adultez y la infancia nunca debe estar taponada. Y menos cuando ya hemos podido experimentar -y creo que en demasía en nuestra época moderna y postmoderna- que ser demasiado adultos, preocupados, razonables, competitivos, experimentados... y esas otras mil componendas de los cerebros muy desarrollados, solo sirve para volvernos más agresivos, desconfiados, acaparadores, evasivos ante la dura realidad, e incapaces de poner un poco más de imaginación y de juego en las estructuras del vivir ordinario.

Hoy debemos agradecerle a Jesús de Nazaret más que nunca los humanos aquello que Él dijo y supo vivir: “Si no os hicieris como niños...”.